

El lobo

Vi a Salif por primera vez al poco de mi llegada al pueblo. Estaba tomándome un café en la cafetería de la esquina del instituto, aprovechando el recreo de los chicos para reponer fuerzas y encarar con energía las tres clases que aún tenía que impartir. Salif pasó por la calle y llamó mi atención. Vestía unos sucios harapos, era alto, de piel muy negra, de complexión fuerte pero de apariencia frágil, y parecía absorto en algo parecido a un soliloquio. Hablaba y gesticulaba sin dirigirse a nadie, llevándose a cada instante las manos a la boca. Yo agucé el oído y me pareció que decía «lobo», «lobo», aunque no habría podido asegurarlo. Lo seguí con la mirada, y tuve que levantarme de golpe y salir a la calle al ver lo que ocurría a continuación. Los chicos lo habían visto desde el patio del instituto y se habían apiñado en la cancela.

–¡Eh, cazador! –le gritaron.

–¡Cazador, cazador! –y se reían.

–¿Qué vas a cazar hoy?

–¿Un león?

–¿Un elefante?

–No... –dijo él tímidamente, ralentizando el paso pero sin detenerse–. Hoy voy a cazar un lobo...

–¡Ja ja ja! –se rieron los chicos.

–¡Dice que va a cazar un lobo!

–¿Y nos lo vas a traer para que lo veamos?

–No puedo... –contestó él–. Es un animal salvaje...

–¡Ja ja ja!

–Salvaje dice...

–¡Tú sí que eres salvaje!

–¡Y mentiroso!

–¡Sí, eres un mentiroso!

–¡Nunca has cazado nada!

–¡Tonto, tonto!

Habían hecho bolas con los envoltorios de los bocadillos y se las tiraban con furia. Salif, asustado, se había cambiado de acera y había apresurado el paso. Yo salí de la cafetería, y en cuanto me vieron, los chicos se apartaron de la cancela y se

desperdigaron por el patio, poniendo caras de niños buenos. Luego me acerqué al hombre que huía por la acera y le pregunté si estaba bien.

–Sí –dijo él–. Ellos quieren ver al lobo, pero no puedo enseñárselo. Es peligroso...

Me interesé por el asunto. Le pregunté si trabajaba en un zoológico y me dijo que no, que trabajaba en el invernadero, recogiendo tomates y pimientos, pero que en sus ratos libres cazaba animales salvajes, y que ahora andaba ocupado en la caza del lobo. Al oírle decir aquello torcí el gesto y me pregunté si no estaría loco. Él, viendo que yo lo escuchaba con incredulidad, me explicó en qué consistía su método de caza. Pronunciaba el nombre de un animal y acto seguido se llevaba las manos a la boca, las cerraba herméticamente e intentaba apresarlo. Sí, intentaba apresar el nombre. De un modo que a nosotros nos parece extraño, él tenía una fe ciega en el poder demiúrgico de las palabras. «Lo que tiene nombre existe», decía, «y lo que no tiene nombre no existe». Creía que para que algo existiera bastaba con que alguien lo nombrara, de ahí que pensara que, al pronunciar el nombre de un animal, este se materializaba automáticamente. Era, según la gente del pueblo, un razonamiento propio de una mente simple, aunque a mí, que era profesor de filosofía, me recordó a las teorías performativas del lenguaje, que eran cualquier cosa menos simples. Naturalmente, Salif no había oído hablar nunca de Austin ni de sus discípulos, pero había llegado a unas conclusiones muy parecidas a las suyas, si bien las exponía con un candor y una falta de pedantería que lo situaban en las antípodas de aquellos grandes cerebros. A mí me resultó simpático de inmediato. No estaba seguro de si aquello de los animales lo decía por tomarnos el pelo, para hacerse el extravagante, o si lo creía de veras y por tanto tenía problemas para diferenciar lo real de lo imaginario, pero, en cualquier caso, Salif se expresaba con tanta llaneza, con tanta alegría y vivacidad, que me cautivó. Yo era nuevo en el pueblo, había llegado hacía unas semanas con un contrato de interino, y aunque tenía una relación cordial con los demás profesores del instituto, con ninguno había llegado a intimar. Aquella breve conversación con Salif fue lo más parecido a una charla amistosa que había mantenido con nadie desde que llegara al pueblo, y no es de extrañar que me apeteciera repetirla.

En las semanas siguientes nos vimos a menudo. Él salía bastante tarde del invernadero, pero aun así siempre le apetecía dar un paseo conmigo por los alrededores del pueblo. En nuestras largas caminatas tuve tiempo de conocer los pormenores que lo habían traído a España. Yo ya conocía, por los libros, por el cine y por el telediario, la tragedia que vivían los inmigrantes africanos para llegar a Europa, y lo no menos

trágico que resultaba llegar a la tierra prometida, después de tantos pesares, y enfrentarse a la bienvenida menos cálida que pueda imaginarse. Ya conocía todo eso, digo, pero sólo de oídas. Muy distinto es escuchar de primera mano la historia de un hombre que se ha visto obligado a abandonarlo todo, familia, hogar, amigos, la tierra que le ha visto nacer y en la que siempre ha vivido; que ha atravesado cientos de kilómetros, luchando contra el hambre y las enfermedades; que ha padecido la hostilidad de unos y otros y ha escuchado insultos en muchos idiomas distintos; que ha visto morir a más de un compañero de viaje y ha sufrido el abuso de las mafias, de esas mismas mafias que supuestamente le están ayudando a salir de su espantosa situación. Sí, oír esta clase de historia en el telediario es muy distinto de oírse la contar a alguien que la ha vivido. O quizá no, quizá no sea tan distinto. En ninguno de los dos casos alcanzamos a hacernos una ligera idea de lo que sufren estas personas, y en ninguno de los dos casos solemos hacer gran cosa para ayudarlos.

Salif y yo nos veíamos cada vez más a menudo, y la gente del pueblo empezaba a murmurar. ¿Debía yo, un hombre respetable, fiarme de aquel zarrapastroso? ¿No me daba cuenta de que sólo quería aprovecharse de mí, de que esa clase de gente no es trigo limpio, de que si buscaba mi compañía era sólo para poder jugármela en cuanto me despistara? Y, en cualquier caso, suponiendo que yo fuera tan ingenuo como para fiarme, ¿era conveniente que un profesor de instituto se dejara ver tanto con un inmigrante ilegal, con un *sinpapeles*, es decir, con un hombre por definición sospechoso, que, para colmo, tenía la manía de hablar solo por la calle y al que todos tomaban por loco? ¿No debía yo, precisamente yo más que nadie, preocuparme por dar buen ejemplo? Yo escuchaba a mis espaldas los comentarios maliciosos y me esforzaba por no darles réplica, por no entrar al trapo. Huir de aquella polémica absurda, que no habría hecho más que provocar malentendidos y ganarme la animadversión de muchos; disfrutar alegremente de la amistad, sin dejar que un hecho tan simple como tener un amigo se convirtiera en un problema o en una causa que defender; gozar, en fin, de una compañía agradable sin darle mayor importancia, esa era mi forma de dar ejemplo. Según lo veía yo (según sigo viéndolo), tratar de justificar ante los demás el vínculo que nos une a una persona es degradar a esa persona. ¿Por qué debía yo convencer a nadie de que no había nada malo en que Salif fuera mi amigo? ¿Cómo nos sentiríamos cualquiera de nosotros si nuestros amigos tuvieran que excusarse para poder vernos? No, no iba a rebajar nuestra amistad justificándola. No había nada que justificar.

Sin embargo, debo reconocer que lo de los animales me inquietaba. Me inquietaba y me confundía. No me entraba en la cabeza que un hombre tan sensato como Salif se tomara en serio aquella extravagancia. Muchas veces, cuando quedaba con él por la tarde, lo encontraba hablando solo, diciendo «lobo», «lobo», y tratando de atrapar a la fiera imaginaria con las manos. En la chabola que compartía con otros seis inmigrantes, me contó, tenía leones, gacelas y leopardos, e incluso un hipopótamo, pieza especialmente difícil de cazar, pues una palabra tan larga tardaba mucho en ser pronunciada, y, para cuando acababa de hacerlo, el animal había tenido tiempo de escapar. El lobo, en principio, era una presa fácil, sólo tenía dos sílabas, pero por algún motivo se le resistía.

–Quizá –dije yo, procurando llevar el tema al terreno de las bromas para ver si así conseguía que dejara de tomarse en serio aquel disparate–, quizá se te resiste porque no es de tu tierra. Todas tus otras presas son africanas, son animales del sur, pero el lobo es del norte, y puede que en tus genes no esté escrito el modo de enfrentarte a él.

Lo dije así, siguiéndole el juego pero en tono jocoso, con la esperanza de que él contestara en ese mismo tono y admitiera de una vez por todas que todo aquello era una chanza, pero a él mis palabras parecieron producirle un gran efecto.

–Puede ser –dijo con rostro meditabundo–, puede ser...

–A lo mejor –dije yo haciendo un último y desesperado intento por llevar la conversación al terreno que le correspondía, el de lo lúdico– deberías probar con algún animal más manejable. Un ratón, o una cabra. Los lobos son peligrosos y podrías salir malparado.

–Yo no cazo ratones –dijo él mirándome con severidad–. Vengo de un pueblo de cazadores, y no sé lo que es el miedo. Antes de que termine el año habré cazado un lobo.

Cuando salía el tema de los animales, Salif podía llegar a ser desesperante. Decía que, si no lo creía, podía acompañarlo a su casa: allí tenía todos sus trofeos de caza. Yo rehusaba la invitación para no ponerle en un aprieto; sabía que si iba a su casa, él se vería obligado a inventar una excusa en el último momento, y prefería no forzar una situación que a los dos nos habría resultado incómoda.

Mi amistad con Salif se afianzaba a medida que avanzaba el curso, pero eso no hizo que cambiara la opinión que de él tenían en el pueblo. Los chicos seguían haciéndolo objeto de sus burlas, aunque en mi presencia se cuidaban de no usar expresiones ofensivas. Cuando me preguntaban por él usaban el tono que suelen usar

los estudiantes con algunos de sus profesores, con aquellos a los que sienten más cercanos, una especie de comedia osadía que les resulta muy útil para sondear el carácter del adulto, su paciencia o su permisividad.

–¿Cómo está su amigo, profesor? –me preguntaban.

–Bien, como siempre. Esta tarde hemos quedado para dar un paseo.

–¿Lo ha llevado ya de caza alguna vez?

–Todavía no, pero espero que me lleve pronto.

–¿Y qué van a cazar? ¿Leones? Porque parece que los lobos se le resisten...

–Sí, eso parece –contestaba yo sonriendo. Y antes de que la inercia les hiciera embalsarse, abría el libro de texto, carraspeaba y decía–. Bueno, abrid el libro por la página cuarenta y tres. Tema cinco, Descartes...

Los meses pasaron sin grandes cambios, aunque a medida que se acercaba el final de curso veía a Salif cada vez más inquieto. Decía que ya casi lo tenía, que ya se sabía de memoria todos los movimientos del lobo y que pronto lo cazaría. Yo lo observaba con inquietud. A aquellas alturas había llegado a la conclusión de que su extraña obsesión con los animales, que bien podía ser calificada de locura, era el resultado de los muchos traumas que había padecido, y temía que, ahora que se acercaba el final del curso, el remolino de emociones que bullía en su interior estallara. Porque en cuanto terminara el curso terminaría también mi contrato de interino, y me marcharía del pueblo. Y con mi marcha, el perdería al único amigo verdadero que tenía en España, lo cual equivalía casi a perderlo todo, a perderlo todo por segunda vez.

Me sentía inmensamente culpable por abandonarlo, pero no veía qué otra cosa podía hacer. Y llegó el día en que terminaron las clases, y llegó el día de la entrega de notas, y llegó el día en que el instituto cerró y cogí vacaciones. Durante las últimas semanas había visto menos de lo habitual a Salif, los exámenes me habían absorbido por completo y no había tenido tiempo para nada más. Pero cada vez que lo veía me dejaba preocupado. Se encontraba en un estado de excitación febril, no hablaba de otra cosa que del lobo, y casi nada de lo que decía tenía sentido. Yo sufría terriblemente, y me sentía tan culpable que apenas podía dormir, pero por más vueltas que le daba al tema no le encontraba solución.

El día antes de marcharme casi no pegué ojo, y en los breves minutos en que conseguí conciliar el sueño tuve una pesadilla. Un lobo me perseguía. Yo huía, corría arrastrando los pies descalzos por el suelo reseco. No estábamos en la tundra canadiense, en el norte de España ni en ninguno de los otros hábitats naturales del lobo,

sino en la sabana africana. Yo corría bajo el sol ardiente, y jadeaba, y gemía, y mi piel era negra, y hubo un momento en que tropecé y vi el rostro del lobo que se cernía sobre mí. Escuché su aullido, un aullido que era un grito casi humano, y me desperté sudando.

Por la mañana, de camino a la estación de autobuses, varios vecinos me salieron al paso y me preguntaron si sabía lo de Salif. Dije que no, y me contaron que había aparecido muerto. Yo asentí, como si me estuvieran contando algo que ya sabía. Y pensé en mis alumnos, en las bromas que soltarían al cabo de unos días, cuando el estremecimiento que provoca la cercanía de la muerte se hubiera desvanecido. «Tanto buscar al lobo», dirían entre risas, «y al final los lobos se lo comieron». Y, apretando los puños, sin hacer el menor esfuerzo por contener las lágrimas, me pregunté hasta cuándo seguiría el hombre siendo un lobo para el hombre, y les expliqué mentalmente a mis alumnos que sí, que tenían toda la razón, que al final los lobos nos lo habíamos comido.